



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
24th Sunday in Ordinary Time– Year A

We all know the physical weight of a grudge: The sharp tightness in your chest when a certain name pops up on your phone screen. The heat rising in your neck as you sit alone at the kitchen table, rehearsing an argument from three years ago.

In our first reading, the prophet Sirach names this exact human tendency: *“Wrath and anger are hateful things, yet the sinner hugs them tight.”* We wrap our arms around our grudges because they feel like armor. We fool ourselves into believing that holding onto bitterness punishes the person who hurt us, or that keeping a strict score-board gives us control.

Holding onto wrath doesn't protect us—it makes us prisoners of our past. Upon his release after 27 brutal years in prison, Nelson Mandela famously reflected: *“As I walked out the door toward the gate that would lead to my freedom, I knew if I didn't leave my bitterness and hatred behind, I would still be in prison.”* Mandela realized his jailers could no longer lock his body away, but if he kept hating them, they would still own his soul. Bitterness is a cell we lock ourselves in, hoping the other person suffocates.

By maintaining mental ledgers, we become both *historical* and *hysterical*:

* We constantly dig up past dirt and catalog every slight from years gone by.

* That unreleased past drives us into an emotional frenzy over the smallest everyday friction.

We see this play out constantly: **In Families:** Storing away a sibling's thoughtless comment as future ammunition, or pulling out an internal spreadsheet against a spouse during a routine disagreement. **In Neighborhoods:** Letting a minor misunderstanding over a property line or a barking dog devolve into a quiet cold war. **In Society:** Living in a culture of permanent records and weaponized outrage, where one mistake demands a person be permanently canceled.

In today's Gospel, Peter asks Jesus, *“Lord, how many times must I forgive? As many as seven times?”* Peter wants a limit and a ledger—a point where he can finally say he has been nice enough and earned the right to hit back.

Jesus shatters that human math: *“Not seven times, but seventy-seven times.”* Jesus instructs Peter to throw the calculator away. In the Kingdom of Heaven, the scoreboard is burned. He tells the parable of a servant whose astronomical debt is completely wiped clean by a merciful master. Yet, that same servant immediately grabs a coworker by the throat over a minor sum. When we refuse to forgive petty slights, we become that first servant—grabbing our world by the throat while remaining blind to the ocean of debt God has wiped clean for us.

Forgiveness does not mean pretending the hurt never happened, remaining in an unsafe situation, or abandoning firm boundaries.

Forgiveness is a quiet, courageous decision. It is looking at a debt and saying: *“I will no longer carry the heavy poison of your actions inside my soul. I am handing the scales of justice over to God, and I am walking away free.”*

As we approach the altar today: *Who is currently living rent-free in your mind? Whose debt are you still tracking on your internal ledger?*

Leave the ledger here at the altar. Stop hugging the wrath that tears you apart from the inside out. Step into the breathtaking freedom of seventy-sevenfold grace.

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
XXIV Domingo Ordinario– Ciclo A

Todos conocemos el peso físico de un rencor. La opresión en el pecho cuando aparece cierto nombre en la pantalla del teléfono. El calor en el cuello al repasar a solas una discusión de hace tres años.

En la primera lectura, el profeta Sirácides describe esta tendencia: «El rencor y la ira son abominables, pero el pecador los guarda celosamente». Nos abrazamos al rencor porque se siente como una armadura, creyendo que la amargura castiga a quien nos hirió o que llevar la cuenta nos da control.

Guardar rencor no nos protege; nos convierte en prisioneros del pasado. Al salir en libertad tras 27 años de dura prisión, Nelson Mandela reflexionó: «Al cruzar la puerta hacia la libertad, supe que si no dejaba atrás la amargura y el odio, seguiría encarcelado». Mandela entendió que sus carceleros ya no podían encerrar su cuerpo, pero si los seguía odiando, aún serían dueños de su alma. La amargura es una celda en la que nos encerramos esperando que el otro se asfixie.

Al mantener registros mentales, nos volvemos arqueólogos del desacuerdo y deformamos nuestra realidad: Desenterramos constantemente faltas pasadas y catalogamos cada agravio de años atrás. El pasado no resuelto desata reacciones desmedidas ante el más mínimo roce cotidiano.

Lo vemos a diario: **En la familia:** Guardar un comentario desatinado como munición futura o sacar la lista de reclamos contra el cónyuge durante una discusión. **En el vecindario:** Dejar que un malentendido por el límite de la propiedad o un perro ruidoso se transforme en una guerra fría. **En la sociedad:** Vivir en una cultura de registros permanentes e indignación, donde un solo error basta para cancelar a alguien sin compasión.

En el Evangelio de hoy, Pedro le pregunta a Jesús: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?». Pedro busca un límite y un registro; un punto donde pueda decir que ya fue suficientemente bueno y tiene derecho a contraatacar.

Jesús rompe esa lógica humana: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Jesús nos pide tirar la calculadora. En el Reino de los Cielos, la libreta de cuentas se destruye. Él nos cuenta la parábola del siervo a quien su señor le perdona una deuda astronómica por pura compasión. Sin embargo, ese mismo siervo sale y ahorca a un compañero por una suma insignificante. Cuando nos negamos a perdonar las faltas cotidianas, nos convertimos en ese primer siervo, exigiendo cuentas a los demás mientras ignoramos el océano de deudas que Dios nos ha perdonado.

Perdonar no significa fingir que el daño no existió, permanecer en una situación insegura ni renunciar a límites claros.

El perdón es una decisión valiente y silenciosa. Es mirar una deuda y decir: «No llevaré más el veneno de tus acciones en mi alma. Le entrego la justicia a Dios y elijo caminar en libertad».

Al acercarnos al altar hoy, preguntémonos: ¿Quién está viviendo gratis en tu mente? ¿De quién sigues llevando la cuenta en tu registro interno?

Deja la libreta en el altar. Deja de abrazar el rencor que te destruye por dentro y camina hacia la asombrosa libertad de la gracia de perdonar setenta y siete veces.